Suplemento Dominical fundado
por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

EL DIA

Año LII - Nº 2630
Montevideo
25 de Marzo de 1984

Baltasar Brum

(1933-1984)

Dedicó su existencia al servicio impersonal del bien público, con clara visión, con lucidez, con sentimiento generoso. Ante el arrasamiento del Derecho, inmoló su vida el 31 de marzo de 1933 y ofrendó su sangre como una bandera para reivindicar la libertad

Nueva medalla a Baltasar Brum

Las medallas van formando, para aquellos que las coleccionan, museos de arte en pequeño pues entre ellas figuran obras de escultores, dibujantes y artesanos sobresalientes; junto a esto, de manera paralela, crecen archivos que con el correr del tiempo adquieren aspectos historiográficos, ya que en ellos se puede apreciar la cronología de hechos sobresalientes, acontecimientos públicos y también información sobre aspectos de la vida privada de los hombres. Por medio de medallas y monedas se han podido realizar apuntaciones históricas y conocer rasgos de antiguos personajes, detalles de pasadas épocas. Esas piezas son documentos fehacientes.

En el Viejo Mundo, dentro del mercado numismático, que es considerable, resulta difícil hallar en venta medallas. Se debe a las reducidas unidades de las acuñaciones porque la medalla siempre está circunscripta a asuntos e intereses parciales, limitados en sus alcances e inclusive geográficamente. No así la moneda, tomando el conjunto de la nación que la emite y aun extendiendo su influencia fuera de fronteras.

En Europa y en Estados Unidos vemos las medallas atesoradas en museos, bibliotecas y archivos públicos y particulares. Los repositorios conservan clasificadas piezas nacionales y extranjeras ocupando vitrinas, a veces salas enteras de exhibición. Francia por intermedio de su Administración de Medallas y Monedas ofrece en venta preciosas acuñaciones de siglos pasados. Son de reciente fabricación pero realizadas con cuños auténticos y también otras modernas, de artistas contemporáneos, desarrollando y perfeccionando este arte que orgullece a los pueblos.

La medalla posee, más que la moneda, incógnitas que la convierten en tema de interés investigativo al no existir, o ser raros, los relevamientos catalográficos. Se buscan cifras alcanzadas en las tiradas, autores de diseños, nombres de grabadores, la vida y obra de éstos; se estudian las alegorías y todo lo relativo a las representaciones que ostentan para arribar a perfectas indentificaciones.

Cuando se hallan impresas sobre metales nobles o se hacen raras por escasas, adquieren subidos valores. Si piezas únicas, lo llevan desde el primer momento de entrega. No así las que carecen de cuños y son buriladas a mano, pues es fácil imitarlas.

Hoy nos hallamos ante una pieza numismática de significativo relieve histórico dedicada a la excelsa figura de Baltasar Brum*. A iniciativa del señor Raúl S. Acosta y Lara se acuñó recientemente la medalla cuya reproducción luce nuestra nota. Obra del escultor Javier Nieva en interpretación libre de la efigie de Brum, según aparece en las fotografías captadas por Caruso momentos antes de inmolarse en defensa de la libertad. La labor desplegada por el artista fue difícil ya que debió definir detalles siempre inciertos en tomas instantáneas.

Las matrices son del grabador y orfebre Marcelo Mascherini. Las piezas miden 48 milímetros de diámetro, son fundidas, de bronce, y pesan 65 gramos cada una.

Con esta medalla queda cortado un largo período de más de medio siglo, desde la última consagrada a Brum, cuya fecha, que entendemos es realmente algo posterior, expresa el año 1933.

* Véase del autor de esta nota: "Baltasar Brum en la numismática nacional". Suplemento Dominical EL DIA del 12 de junio de 1983.

Luis Alberto MUSSO AMBROSI

Especial para EL DIA

Suplemento Dominical de

EL DIA

Fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932
Directora: Dora Isella RUSSELL
Dep. Legal 31.227/72

Baltasar Brum en el anecdotario

Pedro, chofer sin claudicaciones de la familia, era uno más en el ámbito hogareño. Conocía al futuro presidente desde la niñez, intercambiando el lógico tuteo, hasta la hora en que obtuvo el título de abogado. No hubo entonces fuerza, argumentos y razones para que el fidelísimo Pedro tratase a su amigo con los títulos de siempre, cerrándose en un sempiterno, riguroso USTED. Es factible que el novel jurisconsulto le llamara la atención, pero ante su pertinaz, cerrada negativa de tomar los viejos rieles, el Dr. Brum tomase la misma directiva. Más aun, interrogado por los suyos, afirmaba lisa y llanamente que mientras Pedro no asumiese o adelantara el tuteo, él mantendría idéntica conducta. Ni el jerárquico doctoral, ni luego la presidencia le hicieorn apear de su tesitura igualitaria, democrática y respetuosa.

La incomparable fidelidad del chofer, se tradujo a través de toda la vida del gran repúblico. Consumado su tremendo sacrificio en 1933, Pedro entró en una explicable desazón, por días creciente. La tristeza, invadiéndolo cada vez más, le cerraba todas las perspectivas de la vida. Y, sin darse cuenta, incrédulo ante el drama de toda la Nación, lió bártulos y huyó de Montevideo, para devorar de a pie más de ochenta leguas, hasta la estancia de Lauro Brum,

en el Daymán, donde un hermano suyo era capataz. Su tristeza era tan inenarrable, que el largo tramo recorrido, tramo de inoculto dolor, quedó atrás como cosa no experimentada...

Alguna vez se habló del intenso atractivo que significó la Historia Natural, para quien fue distinguido jurisconsulto. Una de sus ocupaciones predilectas durante la estadía en las tierras paternas, era juntar huesos y armar esqueletos pieza por pieza, contando al efecto el respaldo científico del texto. Explicaba a los presentes la función atómica de cada pieza, su importancia en la tracción y aun en el conjunto de la envoltura en las sustentaciones de cada órgano. Existía en él un maestro en potencia, que el estudio lo haría derivar en el Derecho, pero pese a todo, en los momentos del agreste, solaz campero, la vocación reflugía con potencia. Cumplido el exordio, el esqueleto armado científicamente tenía por destino los institutos de enseñanza.

Sentirse en la estancia de los mayores era un placer de intenso placer, como que todo rincón escondía recuerdos, vivencias y anécdotas propias y ajenas. Y aquella su generosidad extrema, gustaba extenderla hasta el inmediato pueblito artiguense de Guayuvirá, poblado casi exclusivamente por antiguos servidores de la casa, o los mismos peones en función. Se carneaba entonces gordo para todos, siendo los principales convidados sus inolvidables guayuvirenses, que acudían a saludarlo carretilla en mano. Allí estaban presentes para llevarse, tras los consabidos plácemes, la porción de res. Por expreso mandato del anfitrión, los primeros favorecidos eran las mujeres, los niños y los inválidos, luego el añoso viejo de lueñas barbas, que entre tímido y emocionado le extendía la callosa diestra, cambiada pronto por un fraternal abrazo.

En los días de la presidencia, algún juicio salomónico dio pauta segura de sus quilates anímicos, descubriendo y dirimiendo situaciones de complicados alcances. Este asunto era tramoya de campaña cerril, donde celos y bastardías corrían parejos. La víctima resultó una maestra condenada a ganarse la vida en un medio extraño, donde no faltaba el caudillo cortejante. Su resistencia pasó a mayores, urdiéndose la denuncia turbia, empañada por falsos testigos. Todo a espaldas, a la sordina, para precipitar su perdición. Pero nunca falta el angel bueno, defensor de las causas justas.

Un joven estanciero, alertado frente a la infamia, tomó cartas encontrándose el sumario sobre el pupitre del Ministerio. En sólo cuestión de días la indefensa maestra quedaría cesante y, lo que es peor, su honra colgada en la picota pública. Urgía el tiempo sin respiro alguno. A contrarreloj con el cielo encapotado, un joven generoso y los testigos en un Ford modelo 1918, se aprestan a correr la aventura salvadora, a través de medio país.

Ya en camino, las cataratas del cielo, un diluvio, inundan campos y arroyos. El río Negro, fuera de cauce, está desbordado como un mar, tornándose extremadamente peligroso, pero los ánimos no flaquean. Una balsa endeble desafía la correntada, mientras el oleaje pardo golpea sin cesar. El apuesto joven alterna el volante con los fieles testigos y sólo el milagro les depara la fortuna de vencer las furias naturales desatadas para entrar sanos y salvos a Montevideo.

Se exponen los entretelones de las denuncias al dilecto espíritu del Dr. Santín Carlos Rossi. La causa está allí presente en un grueso expediente. Aclaran puntos. Los testigos exhiben pruebas, cartas que hablan por sí solas. Hay dudas. El asunto va a manos del Dr. Brum y en una reunión memorable, descartándose todas las penumbras, el sicólogo admirable sin que nadie agregue una palabra, descubre como un augur, la trama que van a contarle. Sólo aclaran nombres, y el papel infamante dormirá para siempre entre las telarañas del olvido.

Se ventila un sonoro divorcio en el despacho del Dr. Brum. Los hijos del matrimonio en falencia, agotan todos los medios para evitar la disolución conyugal. Madama plantada en lo suyo, pese a los desesperados esfuerzos de los siete vástagos, está resuelta. Por algo manda a planchar hasta nueve veces sus trajes de fiesta. Inglesa hasta los huesos y de buena clase, no tolera los desplantes campechanos del marido asimilado al estilo gaucho. Mi Lady, es inexpugnable como las rocas de Escocia y esa misma tozudez, peligra su parte, puesto que un solo hijo esta a favor suyo. Peligra con esto su pasar para el resto de los días, pero no cede, como que terminará en una casa de orates. Pero por algo está el Dr. Brum. Estudia, compulsa el divorcio y los bienes, pero tratándose de una dama, y la parte más débil, las prebendas y contemplaciones serán para la señora plantada en sus reales, total, exclusiva, tonante. Y la separación adviene sin titubeos, fuerte como que el protocolo, más la propia estima, están sobre cualquier lazo de sangre.

Una foto inédita en la que aparece el Presidente Brum, en la ceremonia de entrega de un pabellón nacional para la Armada. Abanderado: Juan Pedro Crocco. (Foto por cortesía de la Sra. María Luisa Crocco)

Augusto I. SCHULKIN

Un uruguayo ilustre

El doctor Víctor Soriano y sus bodas de oro con la medicina

En Buenos Aires, dictando clase en la cátedra de Clínica Médica del Prof. Mazzei

Arriba a la empinada altura del medio siglo en el ejercicio de una profesión que ha llevado su nombre a todas las latitudes. Y llega dueño de una intacta juventud interior, una dedicación a su tarea, que no ha perdido en cincuenta años nada del entusiasmo con que inició el camino, con una confianza en sus fuerzas que el porvenir iba a justificar.

Víctor Soriano no sólo honra a la Medicina del Uruguay. Más allá de fronteras, su proyección intelectual y científica tiene el arraigo que singulariza a esas personalidades elegidas en las que convergen polifacéticos talentos, cuya totalidad ilumina esas trayectorias —y éste es el caso— que arrojan prestigio a un país y a una actividad superior de la inteligencia, cuando está puesta al servicio de la sociedad y en beneficio del ser humano.

No incurriremos en reiterar lo que ser "médico" significa, la obligación altruista, el apostolado que desde Hipócrates conlleva atender el sufrimiento físico y moral de los hombres. Nuestro país tuvo y tiene figuras eminentes, profesionales brillantes de los cuales puede enorgullecerse la República, que en el exterior acatan y respetan. Víctor Soriano cuenta entre los primeros, y es el balance positivo de una carrera iniciada en 1934, que culmina coincidentemente con sus bodas de oro profesionales, con uno de los más importantes reconocimientos de nivel mundial: su designación como Miembro de la Academia de Medicina de París, que no es por cierto menudo galardón.

Todo lo debe a sí mismo. Médico cirujano, especializado en Neurología, dotado de singulares capacidades como clínico, amplió permanentemente sus conocimientos en institutos científicos nacionales y extranjeros. Investigador, catedrático, el gran profesor es un perpetuo estudiante: entiende que

En la Universidad de Yale: John F. Fulton, Víctor Soriano, Bernardo Houssay y el Decano de la Facultad de Medicina de esa Universidad

siempre es "tiempo de aprender", y eso explica la agilidad y frescura de su inteligencia. En los más importantes centros científicos del mundo ha demostrado su capacidad y justificado las distinciones con que se ha subrayado su relevancia. El Instituto Rockefeller, la Universidad de Yale —donde trabajó junto a eminencias como John F. Fulton Sterling, Margaret Lennox, Leslie Nims, Hichcoks, Harold Burr—, el Hospital Montefiore de Nueva York y otros grandes centros estadounidenses le cuentan como profesor visitante; como, más adelante, la Clínica Mayo, la Sorbona, el Instituto Científico Weisztman, la Cátedra de Fisiología de Turquía; los grandes institutos de Roma, Japón, Tokio, Manila, Hong Kong; en Madrid, junto a Marañón; en la Universidad de Chicago; la Cátedra de Fisiología de Nueva Delhi, en India; en nuestros países sudamericanos... Se nos escapa por la multiplicidad de sus andanzas y la abrumadora nómina de honores conferidos. Baste resumirlos diciendo que, Profesor Emérito de la Facultad de Medicina del Uruguay, también es Miembro de Honor de todas las Sociedades de Neurología de Latinoamérica, de la Sociedad Francesa de Neurología, de las similares de Estados Unidos y Japón, de la Academia de Neurología de la República Argentina y de la Real Academia de Medicina de Barcelona.

Pero hay más. Mucho más. Participa en congresos, en forma destacada. Es presidente y fundador de la Sociedad Internacional Fulton, creada en 1961 en Roma. Se le confía la responsabilidad de organizar cada dos años simposios internacionales para el Congreso Mundial de Neurología y para la Asociación Americana de Neurología. Respiremos. Porque aún hay más. Funda y dirige la "Revista Internacional de Neurología", de circulación mundial, que ya lleva más de cuarenta volúmenes de tema unitario, con tres secciones fijas: "Historia de la Medicina", "Enseñanza de la Neurología" y "De vacaciones": artículos sobre temas culturales y artísticos. Se publica en inglés con resúmenes en cuatro idiomas: inglés, español, francés y alemán.

Hay más. Ha publicado libros sobre su especialización. Artículos de viaje —que vaya si ha viajado este investigador de la vida y del paisaje del mundo—, audiciones radiales y columnas periodísticas de divulgación científica. Y como quien dice para llenar los ratos libres... es aficionado a la fotografía y la astronomía, poseyendo en su residencia un completo y moderno observatorio con el cual no puede menos que ejercer generosa docencia, pues lo pone al servicio de estudiosos, interesados en esa asignatura. Semanalmente reúne en su casa hospitalaria a médicos, artistas, escritores, que desarrollan temas generales, en un cenáculo selecto que abarca matices que van de la ciencia al verso. (¿Contaremos que además, en ruedas amistosas, es incansable cantor de tangos?).

Y siempre con un aire sereno y apacible, sedante, de hombre sin apuro, como quien no tiene nada que hacer...

Dijimos antes que todo se lo debe a sí mismo. Rectificamos. Si no todo, mucho se lo debe a Clarita, su esposa. Inseparables, Clarita es la otra mitad que va a congresos, seminarios, conferencias, viajes. Sabe y entiende de medicina, a fuerza de convivir y compartir tan lindamente la vida del maestro, desde que la juventud unió sus caminos en una identidad poco frecuente.

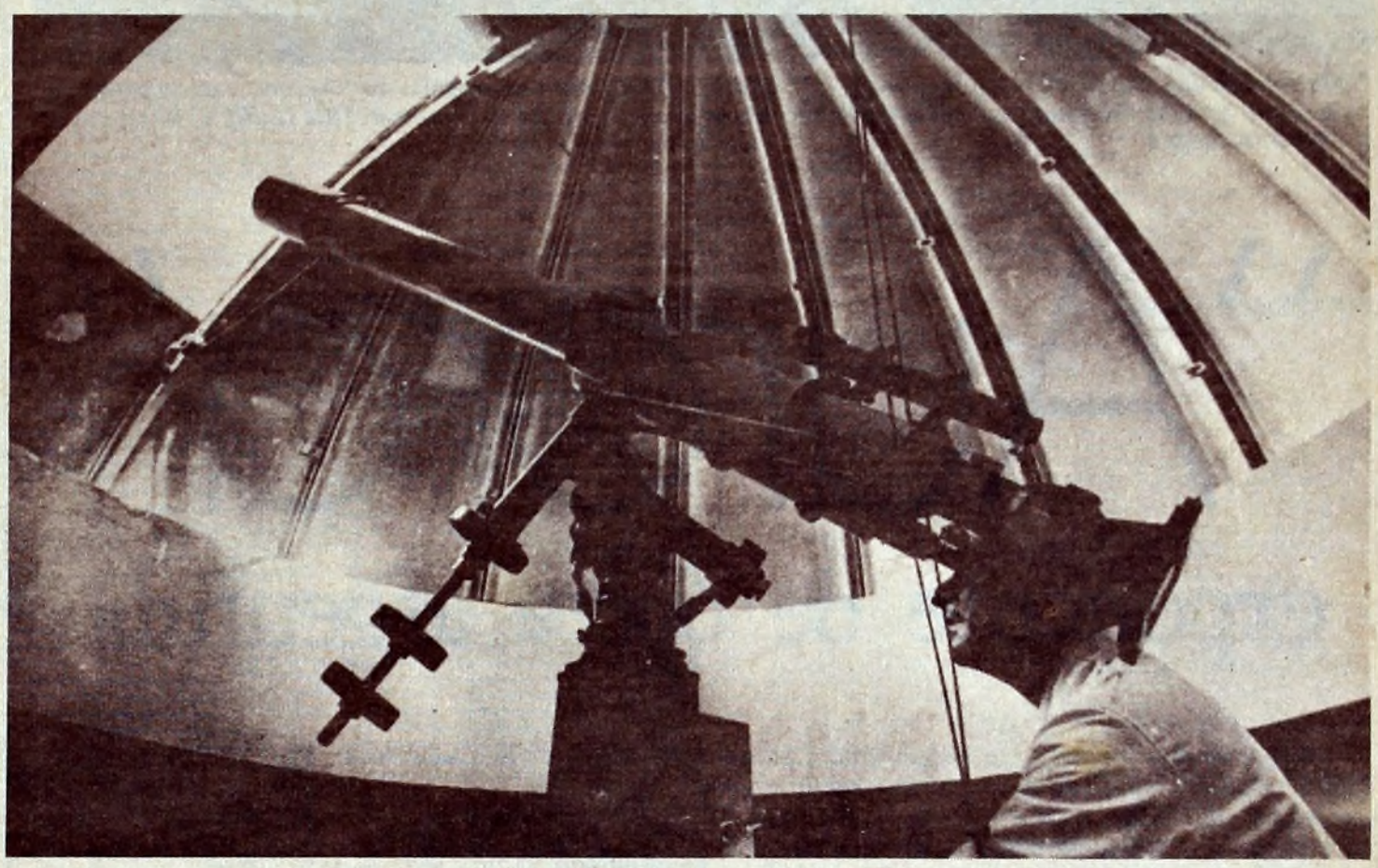
¿Cuántos años cuenta nuestra amistad con Clarita y Víctor Soriano? No es fácil precisar el día exacto en que nacen esos vínculos fuertes y duraderos. Una foto de 1952 atestigua la fecha más distante que podemos ubicar: un agasajo en el Parque Hotel a aquel espléndido embajador de México, Bernardo Reyes, digno sobrino del más insigne polígrafo americano, Alfonso Reyes. Pero el nexo cordial había nacido antes, y continúa. Porque este "desocupado" se ocupa de cultivar la amistad leal y desinteresada, sin sombras, de pura nobleza. Confesión pública: los queremos mucho.

Y nos enorgullece este carismático Víctor Soriano que lo mismo investiga los complejos mecanismos cerebrales, como viaja o escribe, y tiene tiempo para subir a su observatorio para contemplar el prodigio del cielo estrellado.

Dora Isella Russell

(Especial para EL DIA)

Presidiendo el Congreso Mundial de Neurología de Barcelona, mientras diserta la Dra. Alicia Stevens



Con el moderno telescopio instalado en su casa, el Dr. Soriano también se dedica a los estudios astronómicos

El Decano, Dr. Anavitarte, entrega al Dr. Soriano el título de Profesor Emérito de nuestra Facultad de Medicina

Histórico documento gráfico registrado en el Teatro Colón durante un ensayo de "Aurora", poco antes de su estreno en 1908. Rodeando al maestro Héctor Panizza, al piano, se encuentran Titta Ruffo, el tenor Bassi y otros intérpretes

"Aurora"

exponente de ópera argentina

Hace tres cuartos de siglo se estrenaba en el Teatro Colón —en su temporada inaugural, precisamente— la ópera "Aurora", de Héctor Panizza. Fue por tal causa, la primera ópera argentina representada en el escenario porteño. Desde luego que hubo otras precedentes en Buenos Aires, y también otras posteriores, hasta la producción, mucho más reciente, del desaparecido Alberto Ginastera.

Pero he querido recordar en la presente nota, esta "Aurora", que tanto se ha mantenido y que ha prendido en el corazón de los argentinos, puesto que desde niños, todos, hemos entonado la célebre "Canción a la Bandera", cantada en miles y miles de escuelas por disposición del Ministerio de Educación.

"Alta en el cielo
un águila guerrera
audaz se eleva
en vuelo triunfal
Azul un ala
del color del cielo
azul un ala
del color del mar"...

Esta página, confiada al registro de tenor y coro, corresponde al llamado "intermedio épico" de la partitura, de vibrante contenido patriótico, puesto que la temática de la ópera se remonta a los días de la gesta emancipadora, por lo que bien puede conceptuarse como una expresión de ópera nacional, aun cuando la formación musical del autor y los acentos de la influencia italiana, bien denotan su adhesión al denominado "verismo" operístico, tan en boga por aquellos años.

EL AUTOR Y EL ENCARGO

Héctor Panizza, nacido en Buenos Aires en 1875, y fallecido en Milán en 1967 (se había radicado allí definitivamente) fue uno de los más representativos músicos argentinos. Tras hacer sus primeros estudios en la capital argentina, marchó a Milán, en cuyo célebre Conservatorio perfeccionó sus conocimientos.

Durante aquella estada en Italia, el músico que aquí me ocupa inició su actividad como compositor lírico, estrenando en Génova en el año 1900 su primera ópera, "Medioevo Latino". Poco antes se había iniciado en una tarea —director de orquesta— que habría de signar su vida artística, dado que le cupo con el tiempo secundar a Arturo Toscanini en el Teatro alla Scala de Milán durante los años veinte, y después continuó con una intensa y distinguida labor directorial.

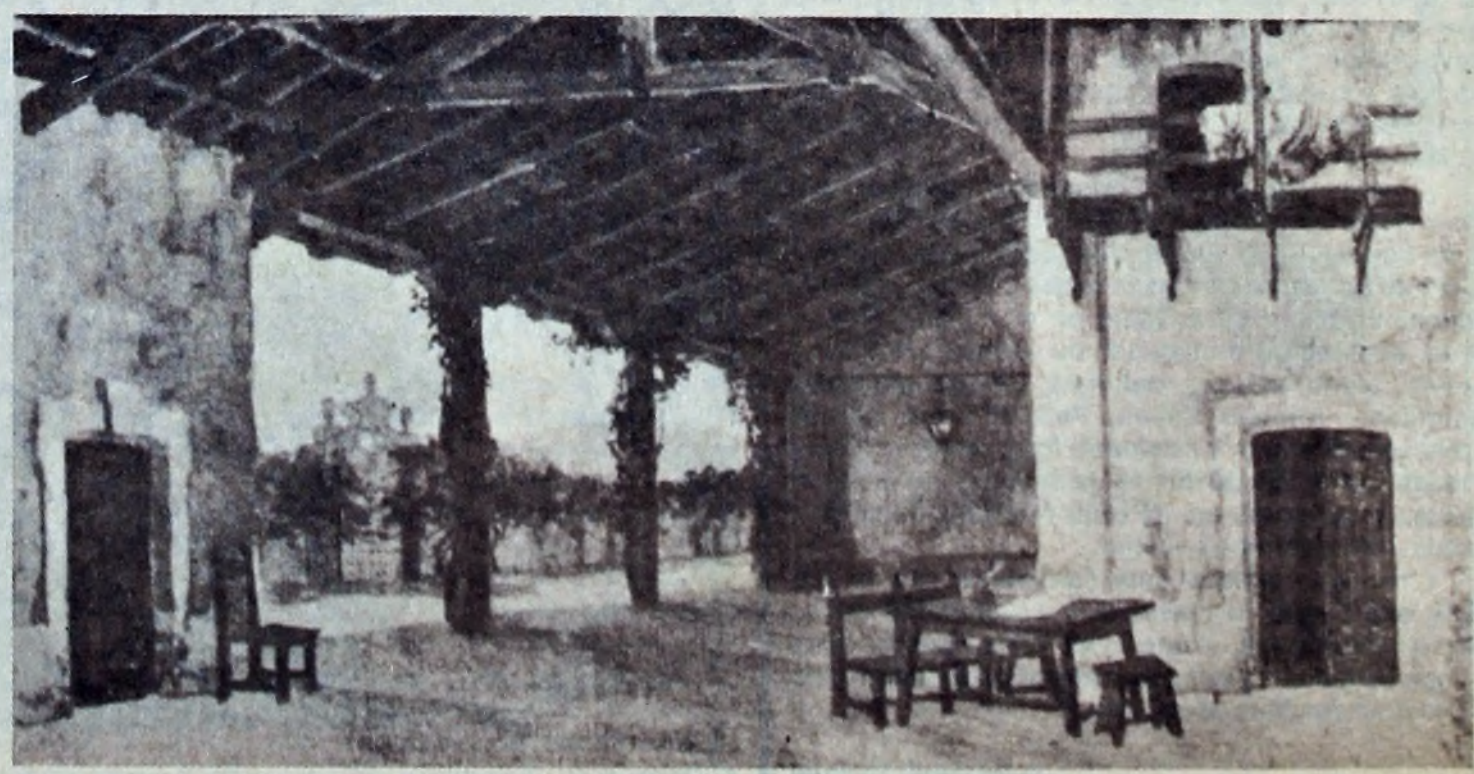
Pero vuelvo, amigo lector, a "Aurora", cuando en 1906 recibe el encargo para componerla y presentarla con motivo de la inminente apertura del Teatro Colón porteño.

Así fue, en efecto. La ópera —cuyo tema argumental fue trazado por Héctor C. Quesada— fue estrenada el 5 de setiembre de 1908, con la dirección del propio Panizza, con un cuadro interpretativo de nombres destacados como María Farnetti (protagonista) Amadeo Bassi y Tita Ruffo entre otros.

Como recuerdo de aquel estreno, Panizza evocó en su ensayo autobiográfico el homenaje de la Municipalidad de Buenos Aires, que —según describe— "Me obsequió después de la primera función por el éxito de mi trabajo, con la suma de cinco mil pesos oro, encerrados en un elegante cofrecito de plata"...

EL PUBLICO Y LA CRITICA

Si bien el interés del público quedó ratificado en las primeras ejecuciones de la partitura lírica y en reposiciones posteriores, no siempre los juicios que aparecieron en columnas periodísticas resultaron enteramente favorables al compositor. Con un aire de irritación poco disimulado, el mismo Panizza se encargó en sus memorias de aclarar esa situación. Escribió al respecto: "Si calurosa fue la acogida del público para 'Aurora' en las dos ejecuciones de 1908 y 1909, no fue así la de 'cierta prensa' (sic). En general buena, mejor dicho óptima, asaz laudatoria, pero los diarios-revistas que abundaban entonces, me fueron adversos... La hostilidad y la reconvención que se me hizo en la susodicha 'Prensa' —prosigue diciendo— y que luego me fue repetida en la reposición de 1945, en el mismo Teatro Colón, fue que en esta ópera no había música folklóri-



Escenografía del pintor Pio Collivadino para el acto segundo, mostrando una residencia cordobesa

EMPRESA: Teatro Colón

TEATRO COLON

DIRECCIÓN: C. Ciacchi

TEMPORADA OFICIAL DE 1908

MAESTRO CONCERTADOR Y DIRECTOR DE ORQUESTA

HECTOR PANIZZA

SABADO 5 DE SEPTIEMBRE

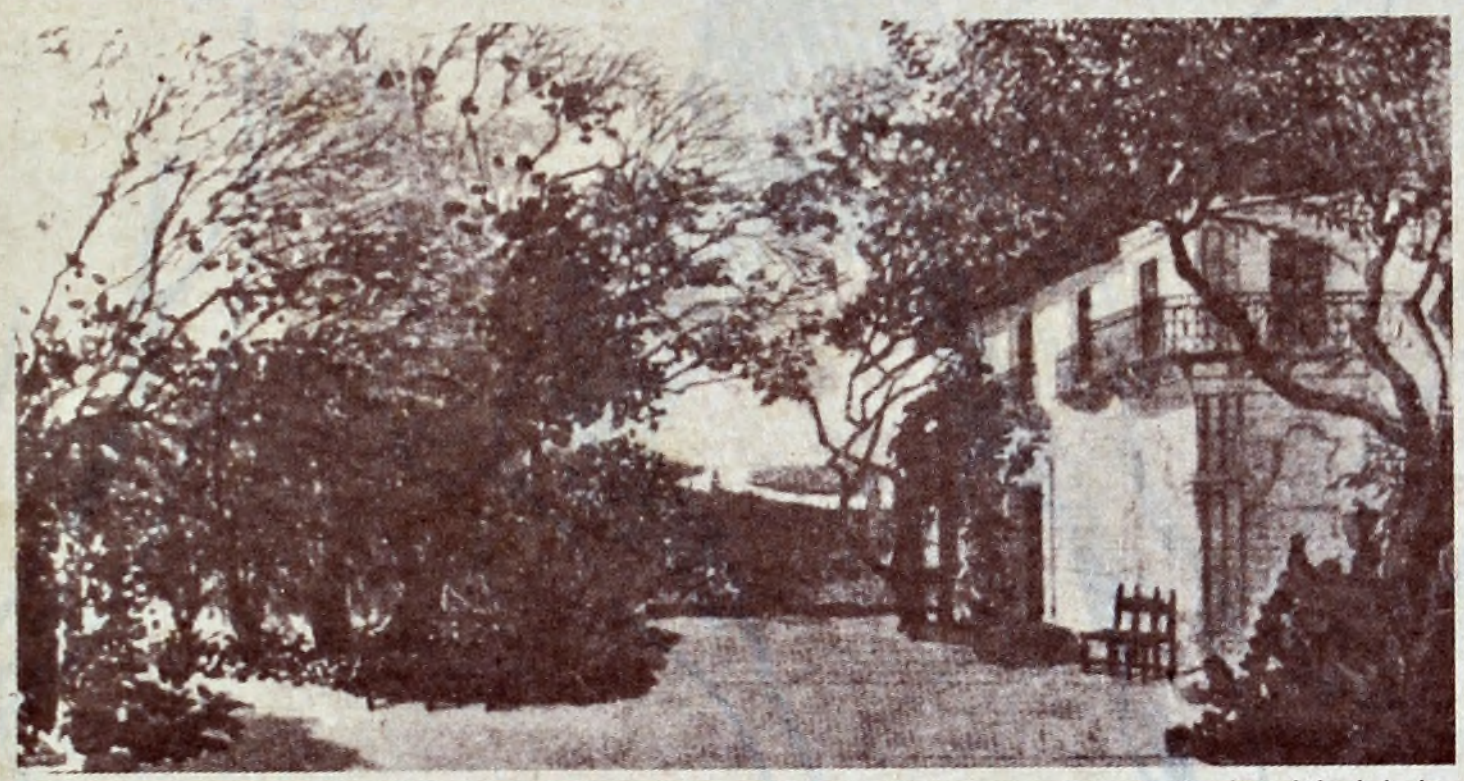
70 representación de la temporada y 30 función de abono del 1er. turno
Gran Acontecimiento Artistico Solemnidad Nacional — PRIMERA REPRESENTACIÓN — ESTRENO

AURORA

Racconto drammatico in 3 atti di HECTOR QUESADA E LUIGI ILLICA musicato da HECTOR PANIZZA.

Mariano novizio del Collegio della Compagnia di Gesú di Cordoba ..... tenor A. BASSI.
Raimundo, altro novizio baritono — G. LA PUMA
Bonifacio, fraticello inserviente ..... tenore C. SPADONI
Lucas, patriota ..... baritono F. NICOLETTI
Don Ignazio Dal Puente, tenente Governatore dell'esercito Realista a Cordoba ..... baritono — TITTA RUFO
Lavin, emissario realista basso — M. MEDOSI
L'ufficiale di ordinanza di don Ignazio ..... N. N.
Un capitano di Stato Maggiore ..... LA PUMA
Altri ufificiali del Consiglio di Guerra .....
Aurora ..... soprano — M. FARNETI
Chiquita ..... soprano E. CLASINTI

Novizi — Scolastici — Professi — Admonitori — Il Superiore della Compagnia di Gesù in Córdoba
Patrioti e popolani — Signori mamme e signorine di Córdoba — Ufficiali e soldati del corpo d'esercito realista comandato dai generali Niebe e Córdoba — Rappresentanti del popolo



También evocativo de Córdoba, donde transcurre la acción de la ópera, es este decorado original de la función de estreno, 75 años atrás, en el Colón de Buenos Aires

ca, con excepción de la Canción de la Bandera. También yo sabía esto ¡Valiente hallazgo!, pero lo he hecho a propósito. ¿Cómo era posible revestir de música folklórica un asunto donde todo se basa en el patriotismo y en el amor?'' Y finalmente agrega: ''Donde la escena y las palabras me inspiraron el color 'local' (Intermedio épico), aquí hice música que refleja el sentimiento patriótico popular en mi país; pero en las otras situaciones hubiera sido una cosa ridícula''.

''AURORA'', HOY

El cumplimiento de tres cuartos de siglo de aquel estreno; el hecho de conmemorarse recientemente los setenta y cinco años del Colón de Buenos Aires y de haber sido la mencionada ópera —como lo consigné más arriba— la primera obra argentina en esta materia ingresada al repertorio del coliseo, hicieron que se repusiera, precisamente, como evocación del acontecimiento.

Como quedó expuesto, si la temática proponía una raíz argentinista por el tema escogido, el lenguaje musical está decididamente embebido en la ''giovane scuola'' itálica, vale decir, la ópera verista, que tanta atracción e influjo produjera en el mundo lírico finisecular y de comienzos del siglo actual.

Una ulterior revisión que hizo Panizza en los años cuarenta, con su traducción al español (originalmente se cantó, como era costumbre, en italiano) dio por resultado la definitiva estructura y la manera de interpretarse que llega a nuestros días.

Y de esta forma, ''Aurora'' sigue apareciendo actualmente como un trabajo válido, y serio, que

Página del programa de la función del 5 de setiembre de 1908 cuando se estrenó esta ópera

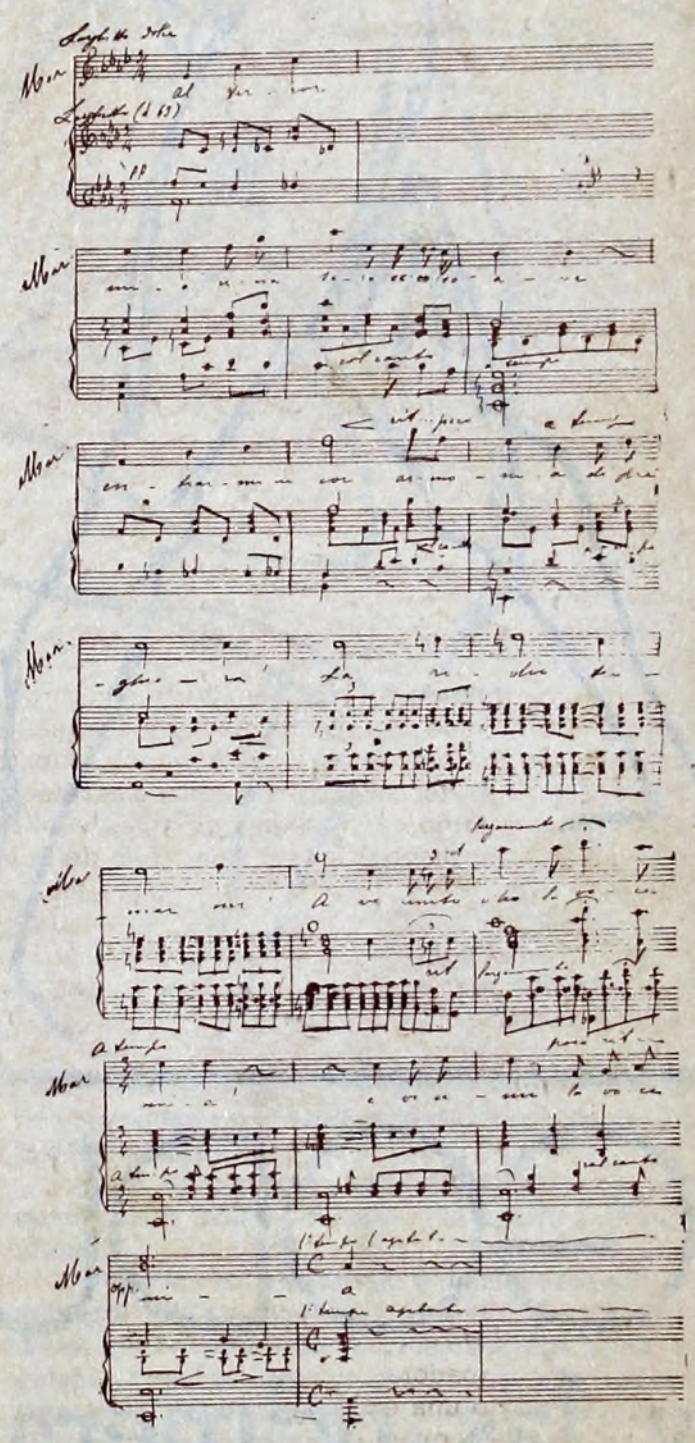
contiene algunas debilidades constructivas —ya que no siempre adquiere unidad— pero que configuró la perspectiva, reitero, de ser un testimonio permanente de ópera nacional, condición ganada desde su estreno.

Esta nota quiere servir así de recuerdo y homenaje a una obra lírica que perdura por su significado y por aquellas estrofas tan arraigadas en los habitantes de este pueblo hermano, que han cantado a la enseña patria:

...Es la Bandera
de la patria mía
del Sol nacida
que me ha dado Dios.

Arq. Néstor ECHEVARRIA

Buenos Aires, 1984.
(Fotografías del autor).



La partitura original, autógrafa

GODUNOV

y las primeras figuras del Colón

(Apuntes de Eduardo Vernazza)

Alexander Godunov, junto a los primeros bailarines del Teatro Colón de Buenos Aires, desarrollaron interesante programa, que tuvo su debut en el "Centro del Espectáculo" de Punta del Este.

El mismo se realizó como última presentación del gran danzarín ruso en el Palacio Peñarol.

La primera parte fue de "Romances", por el cuerpo de baile del teatro de la vecina orilla.

Recién apareció la figura impresionante de Godunov en el "Gran Pax de Deux" de Don Quijote. Tuvo excelente acompañante en Lidia Segni.

Volvió el artista visitante a danzar en "Carmen", con más intensa expresividad y tal vez más entregado a la continuidad de movimientos que culminó junto a Raúl Candal.

Antes, el cuerpo de baile del Colón, con coreografía de J. López, ofreció "Concierto a Buenos Aires".

Por fin los balletómanos, y también los turistas de Punta del Este, pudieron admirar al gran bailarín, del que se ocupó toda la crítica especializada. Siguiendo nuestro itinerario gráfico historial, publicamos estos apuntes, que forman parte de los **"Espectáculos para el recuerdo"**.

E.V.

Godunov
y las primeras figuras del Colón

Apuntes para la integración americana

Escalábamos una cuesta de la carretera federal B R 101 de Santa Catarina, frente a Florianópolis, con las escarpas de la Sierra del Mar a nuestro frente, cuando apreciamos desde los montes serranos, surgían nubes (cúmulos), que se elevaban en un proceso ascensional, semejante al de los globos estratosféricos. La explicación científica del fenómeno se justifica por la vaporización intensa desde los vegetales y la condensación inmediata del gas, al expandirse en las capas atmosféricas de menores temperaturas.

El fenómeno de calorimetría local nos transporta a convivir el recuerdo de una similar visión, que percibiéramos en el ambiente regional del Cerro de Marmarajá, 7ª sección del departamento de Lavalleja, que ilustramos la nota con su imagen. Por tratarse de fenómenos semejantes, en su composición física y, solamente, diferenciables en las latitudes geográficas que ocurren, permiten que tomemos sus observaciones, como pie de esta nota de reflexiones, sobre temas de la integración americana, que aspiramos se hagan más a menudo. Reiteramos, sólo los separa la latitud geográfica y la intensidad que revela el cuerpo de sus volúmenes.

Quizás, como consecuencia de los distintos coeficientes de evaporación, porque mientras allá nos manejamos con una media de temperatura de 20°, aquí lo hacemos con 10°. La pluviosidad es de 1.000 mm., para nosotros y de 1.500 mm., para ellos.

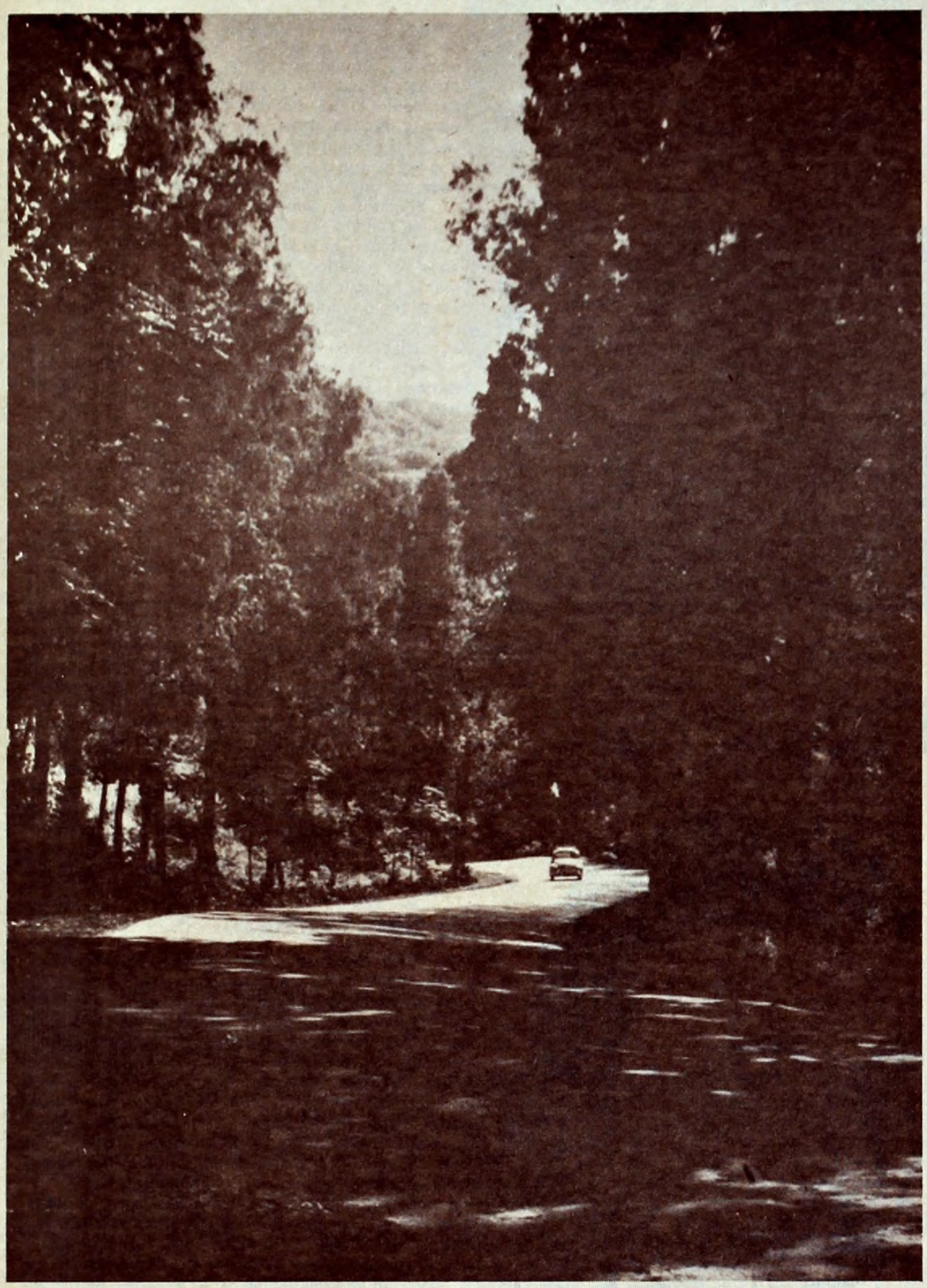
———

Una verdad americana está dada por estos aspectos de la geografía, que resultan como rasgos desvalorizados de positivos. La intensidad de lo físico parecería atenuada en la extensión de la percepción psíquica. La ciencia generalizada se gradúa en una escala continental, que, así como se reduce, sobre todo desde el macizo guayánico hacia el sur, va atemperando lo físico, por el color y aire diluidos en un cristal tras el cual se mira. Y la "morada" (el conocimiento), —como diría Vaz Ferreira—, se difumina, porque todos, al final, navegamos "en el océano para el cual no se tiene barca ni velas". Se tienen sólo de estas y otras evidencias, que nos permiten pensar a cada uno. Tras ellas, agregamos otras motivaciones.

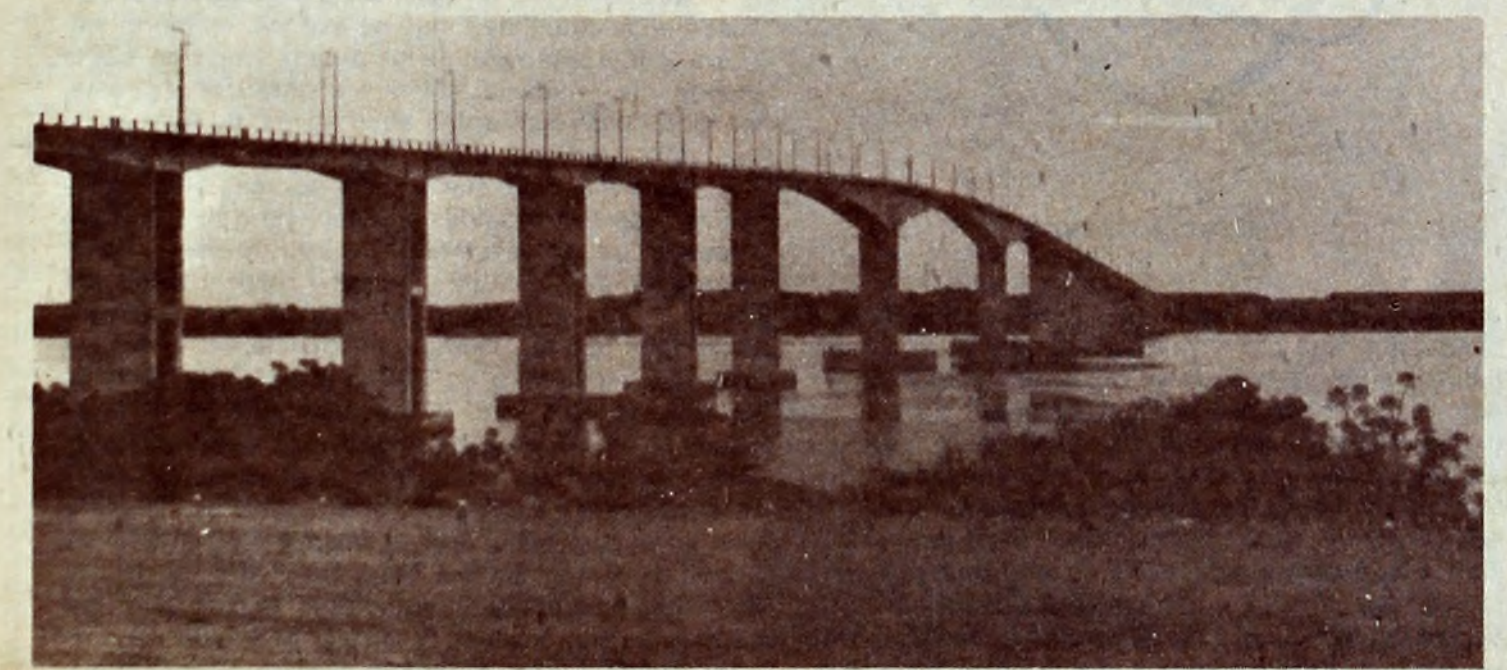
———

El bosque de araucarias (palo brasil y la yerba mate) y la mata atlántica se ven modificados por árboles de cultivos. El eucaliptus que ya es un representante americano, en los más dispares suelos, temperaturas y escalas de humedad, está en estos lares.

El explorador inglés, Mr. James Cook (1728-79), ni siquiera soñó que, a pesar de haber surcado los mares árticos y antárticos del globo terrestre, el



Magnífico aspecto de un pintoresco tramo de la ruta federal BR-116, en el trecho situado entre Porto Alegre y Caxias do Sul, en el estado de Rio Grande do Sul



Puente General San Martín

ejemplar de árbol enhiesto y austero, que ubicara en las costas australianas, iba a caminar por el escenario de la tierra, como sus naves al impulso del viento sobre sus velas. Hoy, el eucaliptus ha colonizado más tierras que el propio explorador civilizado. No lo detiene ni el clima, suelo o temperatura. Parecería un cruzado que libra una batalla, bajo la inspiración de una mística ecológica. Y está provisto de pertrechos para afrontarla.

La austeridad y capacidad de adaptación la ofrece ese ejemplar, cuya ilustración presentamos en la nota. La fotografía fue tomada en una barriada de la Ciudad de Minas. Ubicado en un suelo rocoso, areniscas posgondwánicas, que ha tomado como fundamento de su estructura, mientras que sus raíces como tentáculos buscan la seguridad y fertilidad del suelo. Tiene, como los inspirados místicos, el fervor humanitario, y allí, donde sus raíces alcancen, será un jalón su presencia y su silueta marcial, como un soldado pugnitivo de los futuros combates ecológicos.

Hemos observado su presencia utilitaria, en el Estado de San Pablo, Brasil, donde en la Ruta de Anhanguera (en tupí, algo así, como Camino del Diablo), pone tonos espesos en las escarpas y valles de sus quebradas, sigue trepando por los desniveles del planalto y se integra al "cerrado" de Minas Gerais, a los lamparones desérticos de Goiás. A lo largo de la carretera federal B R 050, que conduce a Brasilia, está su presencia vertebral, como sorprendiera a Cook, a la vista de las costas australianas, hace más de dos siglos. Ha librado en el transcurso de ese tiempo, batallas paisajistas, utilitarias, económicas y ecológicas, que justifican su colonización sin límites de suelos, climas y pueblos. No distingue altitud, latitud ni longitud, es un pionero de la integración.

———

¿Qué ha precipitado esa manifestación vegetal a lo largo y ancho de América?

Si se cumplen las determinantes de un pensamiento ecovitalizado, tenemos que reconocer que hay un paisaje geográfico cultural, que podemos atribuirlo a sus aportes.

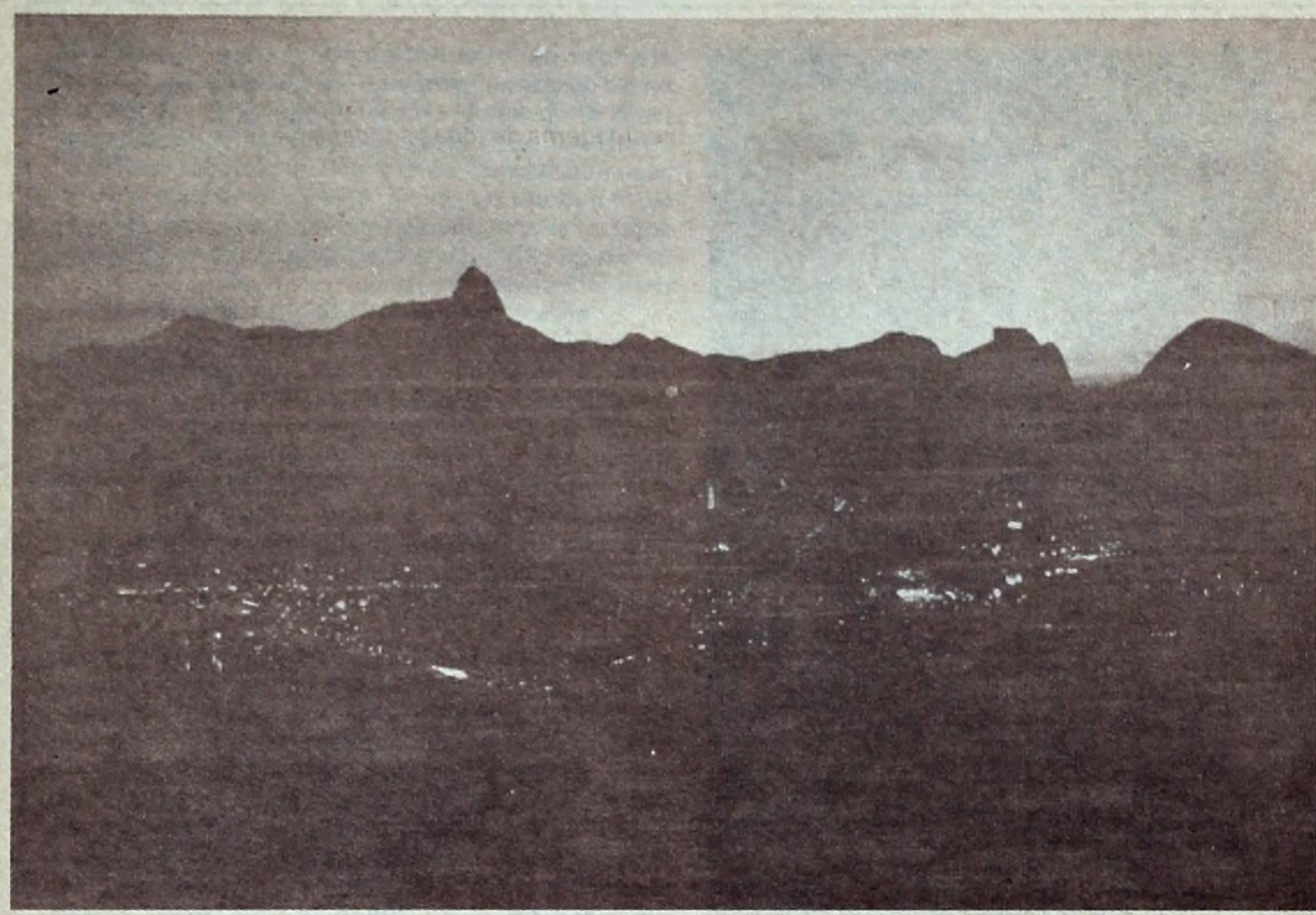
Las rutas de América desbrozadas o niveladas por la mano del hombre, no se bastan en las armonías de sus curvas de nivel, reclaman siempre la comprensión paisajista, que trae el verde del árbol. Y, allí, se implanta aprovechando el humus pampeano o la tierra rosa de las mesetas volcánicas. Ha ignorado las fronteras convencionales y ha marcado caminos que conducen al ártico y al antártico.

Más que los ríos, que decían los chinos que eran caminos que no separaban, sino que unían, ha contribuido a dar sentido ecuménico a la percepción de nuestros pueblos. Para cualquier rumbo de orientación que se mire, se encuentra su desinteresada presencia.

La imagen de los puentes confirma literaria, geográfica, económica, política e internacionalmente la comprensión de los pueblos, pero las asociaciones de los árboles cultivados registran en el paisaje manchas vitalizadas de una geografía humanizada, que empasta tonos, en un cuadro representativo del entendimiento americano.

Los convencionalismos de fronteras se diluyen entre el aire y la luz, como si se estuviese en el trance de la contemplación de una tela impresionista. Sin embargo, cuando la atmósfera parece absorber el paisaje total, siempre encontramos, como punto de referencia de la perspectiva, un grupo de árboles que cumplen una misión autóctona o preconcebida por la cultura del hombre. Hacemos su alusión, en estas reflexiones, sin abusos de lirismos, sino haciendo pie en comprobaciones personales, que hemos dado en llamarlas ecovitalizadas. Así fue que cuando por primera vez cruzamos el Puente General San Martín, entre Mercedes y Puerto Unzué, en una mañana todavía brumosa de setiembre, cuando pretendimos registrar la comunidad de bienes culturales en ambas márgenes del río Uruguay, una línea de bosque en el territorio argentino centró el foco de nuestra cámara fotográfica.

Carlos A. ECHENIQUE



Ensenada de Botafogo y el Corcovado (Río de Janeiro)

Trilogía brasileña

Los tres autores cuyo perfil valorativo trazaremos —o, mejor, "trataremos" de trazar— a continuación, son ineludibles en la historia crítica de la literatura brasileña y necesarios como pórtico para futuras notas acerca del movimiento contemporáneo. Más duradero Euclides da Cunha que los dos líricos que van a continuación, los tres configuran expresiones de la brasilidad: el primero, en su aspecto social y, en los restantes, en matices un tanto huidizos, pero también auténticos. Así, Gilka Machado es la opulencia sensual y luminosa del trópico, en tanto que Olegario Mariano dice la "saudade", ese sentimiento encerrado en un vocablo que, aunque portugués, halló en Brasil su más entrañable acepción para traducir la nostalgia de hallarse lejos del ser querido, de la patria nunca olvidada. Las influencias europeas no amenguan el valor nativo de ambos poetas, pues América —no lo olvidemos— hermana lo telúrico con lo ultramarino. Tampoco lo disminuye el injusto olvido en que dichos poetas están recluidos —las nuevas generaciones acostumbran a negar lo anterior, sin tener en cuenta que lo anterior tuvo sus mismos problemas y fue revolucionario en su momento. Y ese mismo injusto olvido es otro motivo que fortalece esta evocación.

Por lo demás, no es raro —en el caos que vivimos— que algún autor —y algún crítico quiera presentar como "nuevos" ciertos elementos que ya figuraban, precisamente, en la obra de esos autores del pasado.

I. Euclides Da Cunha

Parecerá irreverencia el hecho de querer encerrar en unas pocas y apretadas líneas la exégesis de una personalidad tan vasta e intensa como lo es la de este escritor. Sin embargo, hemos observado que no se le conoce en los países de habla hispana con la asiduidad que merece. Y pensamos que una síntesis es, quizá, una de las mejores maneras de contribuir a una mayor difusión popular de su obra y de su pensamiento.

Cuando se habla de la novela auténticamente americana y se olvida el sentido precursor que para ella significó **Os sertoes**, es evidente que se comete una injusticia. La obra maestra de Euclides da Cunha merece una amplísima difusión en todos los países de América, pues representa una fecha en la literatura de Brasil y del Continente. Es la novela

Euclides da Cunha

americana por excelencia, que se nutre de realidad, que se enfrenta con la vida áspera para decir, en palabras candentes, el dolor de las grandes soledades, donde el hombre lucha con el medio agresivo y con la acritud de los instintos humanos. **Os sertoes** es, pues, una obra ya clásica, que ningún americano que se considere culto debe desconocer. Cuando Euclides la escribió, no pensó en el público ni tuvo afanes de pulcritud estilística. La obra resiste el embate de los años y crece gallardamente porque está palpitante de humanidad, de americanidad y de universalidad. Novela originalísima, de fuerza emotiva y plástica, que para muchos lectores constituye la revelación de un mundo nuevo. Bien estructurada, magistralmente desarrollada —pese a su apariencia de opulento desorden— tiene a veces en su construcción algunos tonos recios y violentos que pueden evocar, en cierta manera, al **Facundo** de Sarmiento, con el que más de una vez ha sido comparada. Ambas obras, por ejemplo, participan a la vez de las características del ensayo y de la novela. Y lo hacen con dignidad y autenticidad, es decir, sin nada que pueda tacharse de híbrido o de intruso.

Euclides da Cunha, que nació en el estado de Rio de Janeiro en 1866, realizó estudios en la Escuela Militar, estudios que —en aquellos últimos años del Imperio— abandonó por sus ideas tenazmente republicanas. Dedicóse a la ingeniería civil y así le vemos realizando obras de trascendencia en el estado de San Pablo. El periodismo le atrajo y fue su iniciación en la creación literaria. Espíritu tímido y fuerte a la vez, cuando acabó de escribir sus **Sertoes**, su obra gloriosa, vaciló en darla a la publicidad. Uno de los que mejor comprendieron y estimularon a Euclides fue el barón de Rio Branco, siendo ministro de Relaciones Exteriores. Con motivo de la demarcación de límites entre Brasil y Perú, confió a Euclides una misión exploradora del río Purus. Al retorno a Rio, Euclides formó parte de dicho Ministerio. Escribió otros libros: **A margem da historia**, **Estudos e confrontos** y dejó una generosa labor dispersa en los periódicos. Su obra maestra es —lo repetimos, aunque muchos lo saben muy bien— **Os sertoes**, traducida al español con el título de **Los sertones**, neologismo que españoliza aquel vocablo caracterizador de zonas típicas del interior de Brasil, alejadas de los centros de civilización y —muy especialmente— a ciertas regiones que sufren períodos de sequía.

En la obra total de Euclides da Cunha es fácil advertir, junto a su genio de creador, su cultura filosófica y sociológica y su conocimiento de la psicología del pueblo, cuyo lenguaje supo aplicar muy bien en sus páginas, resultando así que la versión de ellas significa un trabajo casi heroico, de investigación e interpretación.

Euclides da Cunha falleció trágicamente en 1909.

II. Gilka Machado

Gilka Machado —como Olegario Mariano, de quien hablaremos a continuación— configura un caso del aforismo de Kempis: "sic transit gloria mundi". Porque en el primer cuarto de nuestro siglo gozó de enorme popularidad y de un prestigio que parecía muy sólido. La irrupción, en 1922, de la "Semana de Arte Moderno" celebrada en San Pablo (ultraísmo, nativismo, síntesis) fue un duro golpe para la obra de esta autora, obra que se vincula —en cierta manera, como la de Olegario Mariano— al simbolismo y al parnasianismo, rico de sugestiones, de erudición y de sensibilidad. Si hoy evocamos a ambos poetas es justamente para demostrar lo intensa que fue la influencia lírica francesa en Brasil a principios de nuestro siglo. Y asimismo porque creemos que el simbolismo y el parnasianismo —como el impresionismo en la pintura— significan un gran momento en el arte de Occidente.

Nacida en Río en 1893, Gilka Machado está olvidada en la actualidad: ello se explica, en cierta manera, por la evolución de los gustos literarios. por la tendencia —cada vez mayor— a sintetizar el poema, a liberarlo de elementos decorativos, de todo exceso, de los peligros de la "inspiración" no controlada. Gilka Machado fue en sus poemas más representativos y podríamos decir asimismo en todos sus poemas un temperamento de viva opulencia, desbordante, que no supo —hélas!— realizar aquel ideal del poeta formulado por Juan Ramón Jiménez: "someter lo espontáneo a lo consciente". Pero los excesos de su obra, su falta de afinación en muchos casos, no han sido óbice para que en ella se transparente una personalidad lírica singular, auténtica, que logró en numerosos poemas realizaciones plenas por la calidez emocional y la belleza expresiva, la riqueza millonaria de imágenes, los aciertos rítmicos. Por lo demás, defectos y virtudes de una modalidad estética corresponden, en todo caso, a la época en que produjo, al ambiente también en que fue creada. Luego el tiempo, con su justicia implacable, con su perspectiva equilibradora, va separando lo fugaz de lo perdurable. Así, es evidente que,

ealgunos valores trascedentales —la forma, sobre tco— la poesía de Gilka Machado fue superada por posteriores escritoras de su patria —Cecilia Meireles, ante todo y sobre todo— pero ello no es motivo pa que su nombre sea suprimido —o simplemente olvidado— de las historias literarias, y sus poemas nfiguren en las antologías.

Si tuviéramos que buscar una hermandad lírica de esta autora, no nos hallaríamos en gran aprieto. S genealogía poética pertenece a la misma de Anna de Noailles y de Juana de Ibarbourou (aclarando ce en este segundo caso nos referimos exclusivamente a la de sus primeros poemas, los de **Las lenças de diamante)**. Como la francesa y como la uruguaya, Gilka da en sus poemas una visión suntuosa, ardiente, magnífica de la vida, llegando a realizar verdaderas sinfonías. A veces, tiene la altisonancia de un fragmento wagneriano. Y cuando la comparamos con Anna de Noailles y con Juana de América, no hablamos —desde luego— de imitaciones, ni siquiera de reminiscencias, sino que señalamos afinidades espirituales y estéticas. Los vínculos son, ante todo, temperamentales; también, influidos por la época —la misma, más o menos, con algo de antelación en Anna de Noailles— en que dichas autoras escribieron.

La poesía de Gilka Machado es de valor desigual, producto, asimismo, de sus excesos de espontaneidad e improvisación. **Cristais partidos** (915) la ubica en el parnasianismo, entonces muy en boga, pues que no había irrumpido la renovación modernista. **Estados de alma,** del 17, es libro de más notividad, como **Mulher nua** (22) y **Meu glorioso pecado** (28). En el 38 apareció **Sublimacao,** que presenta —junto a poemas de carácter íntimo —muy coloridas estampas de la geografía brasileña, sobre todo del norte, siendo de recordar su evocación de Bahía (que és samba até na tua topographia) y su visión de los "mocambos" de Recife.

Sin embargo —y pese a la superación que ese libro representa, sobre todo en lo que a depuración expresional se refiere— llegó tarde. Ya por entonces, el arte superior de Cecilia Meireles había significado una evolución en el gusto de los apreciadores de la poesía brasileña. La última noticia que tuvimos de Gilka nos afirmaba que vive aún, con años, en Rio de Janeiro.

II. Olegario Mariano

Algo semejante a lo acontecido con Gilka Machado sucedió con este poeta pernambucano. En los años inmediatamente anteriores a la irrupción del movimiento modernista brasileño (*) fue, en su patria, uno de los poetas más valorados, más populares, quizá el más leído entre los de su generación. Pero —como Gilka— tuvo que pagar el precio de haber actuado en una época intermedia entre el simbolismo más o menos parnasiano y el modernismo. Sin embargo, sería injusto afirmar que Olegario Mariano fue parnasiano, pues la vibración emocional de sus estrofas lo aleja de la frialdad del carácter lapidario y ornamental de la lírica parnasiana propiamente dicha.

Su primer libro —**Angelus,** de 1911— fue seguido de numerosas obras, entre ellas **Evangelio da sombra e do silencio** (1916), **Agua corrente** (20) y la que le dio más popularidad: **Ultimas cigarras,** de la que aparecieron varias ediciones (la tercera es de 1920). En **Ultimas cigarras** el poeta se explica y defiende, a la vez que explica y defiende a todos los verdaderos poetas, en su exaltación de la cigarra, de la bohemia cantora, calumniada por la fábula de La Fontaine y rehabilitada por la sabiduría y la comprensión de Fabre, al destacar que en invierno no hay cigarras, que la comida de la hormiga para nada serviría a la infatigable cantora, que —por lo demás— no es pedigüeña, ni siquiera perezosa. Esos poemas de Mariano anclaron en la memoria de muchísimos lectores, fueron muy celebrados y traducidos a diversos idiomas. Hoy, sin embargo, están olvidados.

Pero nosotros (sin perjuicio de reconocer el acierto y la oportunidad de **Ultimas cigarras**) preferimos, en la obra total de este poeta, su pequeño libro **Cidade maravilhosa** (22), también reimpreso. Es una imagen —como ya se supondrá— de Rio de Janeiro. Imagen realizada no desde el punto de vista de sus bellezas panorámicas, sino desentrañando —o buscando desentrañar— su calidez humana, sus dramas anónimos, su espíritu en una palabra. El poema inicial da ya un poco la tónica del libro, de su pro y de su contra en cuanto a valores de expresión:

Avenida de palmeras reales en el Jardín Botánico de Río de Janeiro

Ciudad de Amor y de Locura
y de estrellas errantes... Para verlas,
palpita en la mirada de cada criatura
un ansia indefinida
por el brillo lejano de las estrellas
que es, como todo, efímero en la vida.

Ciudad del éxtasis y de la Melancolía,
de días tristes y de noches quietas;
desencantada sombra de la alegría
de los que viven de lágrimas, los poetas.

Ciudad de árboles y de campanas,
de niños y jardines. Flor de ciudades;
cuna de oro de todos los Destinos,
fuente eterna de todas saudades.

Para este poeta "el aspecto más lindo de la ciudad" no es —como sucede en general— en la gloria solar, sino

bajo la lluvia, la ciudad
espejeando su caserío,
tiene la exquisita sensualidad
de una gata que se lame y se acaricia.

Y luego, la vida popular de Rio, en su feria de Copacabana, y los recuerdos saudosos en el crepúsculo de la Quinta da Boa Vista. Y el vagabundeo lírico, en la noche de la Avenida Central (es decir, la Avenida Rio Branco).

Todos los libros de Olegario armonizan al presentar la misma individualidad lírica, cuyas variantes están sólo en algunos matices expresionales.

Sin ser únicamente un poeta simbolista, lo más calificado de su obra tiene cierto parentesco con muchas de las facetas primordiales de los líricos franceses de fines del siglo pasado. Pero al mismo tiempo los separa de ellos su expresión más clara, su acento más humano. Su poesía no llega a la quintaesencia. A veces, cantó su tierra natal, como en aquel intenso poema que es una exaltación pernambucana. Porque el poeta de las *Ultimas cigarras* había nacido en Recife en 1889. En 1926 ingresó a la Academia Brasileira de Letras. Ejerció la diplomacia. Fue embajador de su patria en Portugal. Y falleció el 28 de noviembre de 1958, en su "cidade maravilhosa".

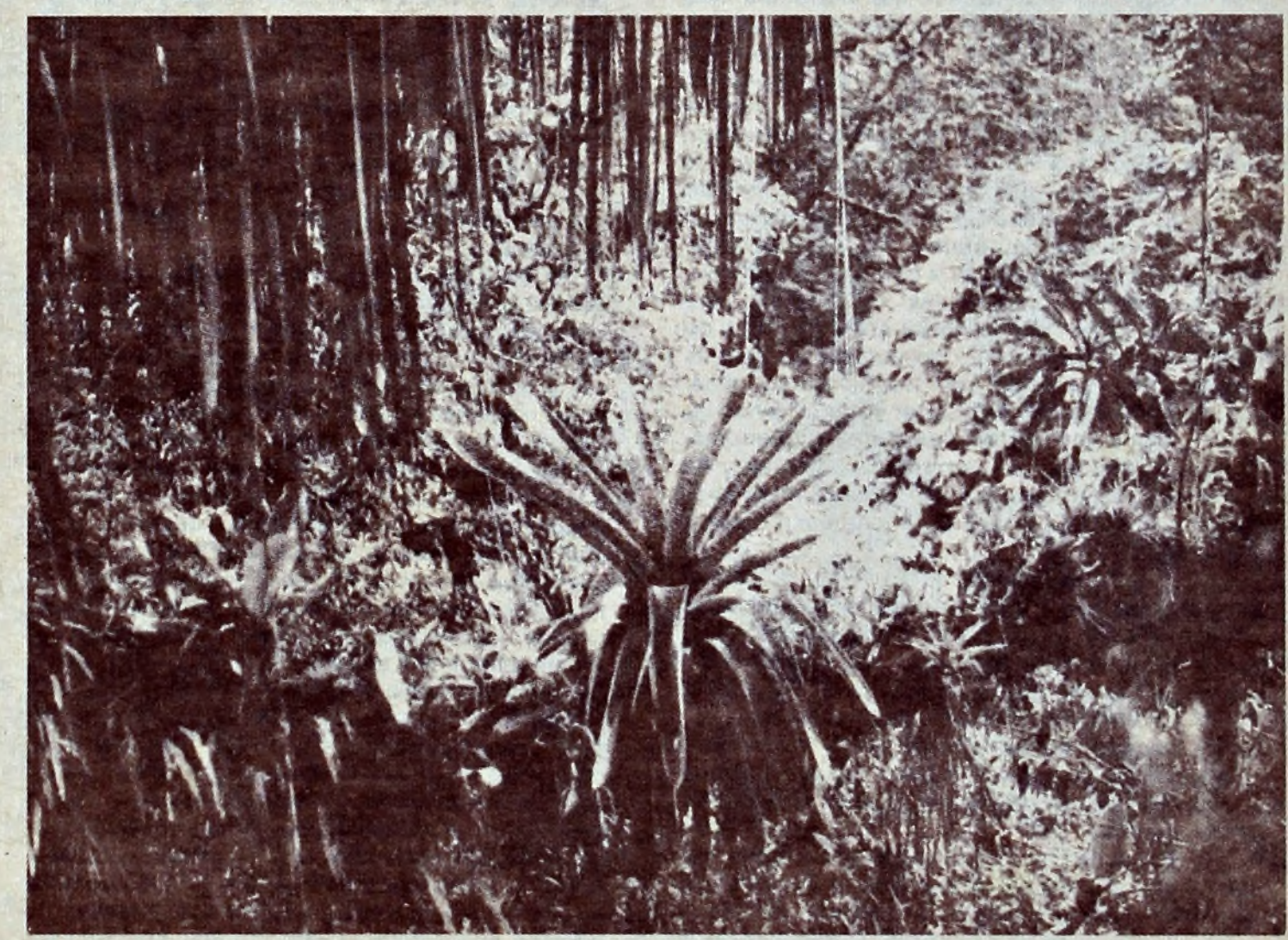
¡Ah, y no nos olvidemos! fue el primer poeta brasileño que tradujo al portugués versos de Juan Ramón Jiménez, a cuya primera etapa —la de *Arias tristes, Laberinto, La soledad sonora*— la hermanaba el temperamento melancólico —un tanto hiperestésico, a veces —y la musicalidad de la forma lírica.

Gastón FIGUEIRA

(Especial para EL DIA)

———

(*) Ya hemos advertido en estas páginas que el modernismo brasileño es, literariamente, algo muy distinto —casi antagónico— del modernismo de los países americanos de habla hispana, pues el de Brasil equivale al posmodernismo —y aun al antimodernismo— de dichos países.



En la selva brasileña

El abrazo granadino

En este centenario de Bolívar el punto principal de reflexión es el de la unión. Bastó que una vez América del Sur se uniera, para que cayera derrotado el imperio español. El mérito de Venezuela y Nueva Granada estuvo en haberlo visto y haber tendido los puentes para hacer con ellas el primer pacto. Eso estaba en la conciencia de todos, y antes de que Bolívar lo dijera en Cartagena, el chileno Cortés de Madariaga, como enviado de Caracas, había echado en Santa Fé, con el regidor don José Acevedo y Gómez, las bases de la primera federación, "Realizada la división del reino en departamentos supremos, serán admitidos por Cundinamarca y Caracas en calidad de co estados a la confederación general... cualesquiera otros que se formen en el resto de América". Así se pensaba continentalmente. Bolívar proclamó en Cartagena esa fórmula, y con ella liberó a Caracas. Luego, en Angostura y en Cúcuta, quedó perfeccionado el sistema colombiano.

Surgía la unión como consecuencia natural de la reflexión más obvia. Ya en tiempo de los Comuneros se extendió el movimiento del Socorro a Mérida y en las capitulaciones se pedía la publicación del tratado de Maracaibo. La correspondencia entre Camilo Torres y García Rovira —que publica en su libro Cacua Prada— tiene por materia la guerra en Venezuela. Maracaibo está siempre en el primer plano, y efectivamente desde el primer día hasta cuando Padilla da la batalla final, en esa plaza queda fijada la suerte de Venezuela. Bolívar, para su campaña admirable, mandaba sus ejércitos como ejércitos granadinos, y su relación directa era con Camilo Torres. Desde Tunja, don Camilo escribía a García Rovira: "No he querido admitir la renuncia de Bolívar; le he dicho que siga a Mérida y Trujillo hasta destruir los últimos restos de Correa; cortar los víveres y la comunicación con Maracaibo, y hacer de este modo una diversión favorable a Cartagena"...

Más adelante escribe Torres: "La marcha del ejército a Mérida es indispensable; si esto se disuelve... En Mérida está la pingüe renta del urao, la de tabacos de Bailadores, diezmos, alcabalas, etc.; sacamos la subsistencia de un país enemigo o extraño, privamos de este recurso a nuestros contrarios, y podemos reunir las gentes de esta provincia, de la de Trujillo y aun Barinas, a nuestras banderas; mientras que, despejado un poco más el horizonte político de Caracas y aun de Nueva Granada, empredemos ulteriores operaciones, prontos a auxiliar a los patriotas de Caracas al momento que den una señal de que la necesitan y les puede ser útil el socorro"...

Bolívar va surgiendo a una velocidad increíble, y cuando regresa a la Nueva Granada, derrotado una vez más en su tierra, donde los españoles eran poderosos, Camilo Torres le reitera su confianza. Ha visto que es él en definitiva el Libertador. Cuando pasen los años, y llegue el año de comenzar con las victorias, ya Torres ha salido de este mundo, Bolívar está en el Orinoco, Morillo ha reducido a la Nueva Granada y el movimiento se producirá en sentido contrario. Entonces lo que queda de los granadinos está con Santander en los Llanos y la arremetida tiene que venir de Venezuela. De ahí el grito de entusiasmo de Zea en el Congreso, grito que se ensancha de gozo en los oídos del Libertador: la República de Colombia queda constituida, ¡Viva la república de Colombia! Claro... idealmente se trataba de una república que sería la grande de América del sur en sus comienzos y en 1826 quedó trunca por la rebelión de Páez.

Bogotá, 1984
(Exclusivo para EL DIA)

Germán ARCINIEGAS

William Carter

España, y el mundo hispánico entero, han perdido uno de sus amigos más fieles e inteligentes. Ha muerto en agosto William Carter, director de la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso, de Washington. No tenía más que cincuenta y seis años. Era un hombre sencillo, modesto, de profunda religiosidad —había sido ministro metodista antes de ser antropólogo y profesor universitario. Sus estudios sobre la América hispánica, especialmente sobre Bolivia, país natal de su mujer, Bertha, no eran sólo cuestión de investigación y conocimiento, sino que respondían a una actitud cordial, de profundo apego y amor.

Me invitó, en nombre de la Biblioteca del Congreso, a unirme a su Council of Scholars y residir allí un tiempo, sin compromiso alguno, para hacer lo que quisiera, lo que me interesara. Mis quehaceres en España me impidieron aceptar una invitación por seis meses, y tuve que reducirla a dos. En junio y julio del año 1982 residí en Washington. Tenía un despacho y una máquina de escribir en la Biblioteca, y desde ella levantaba la vista de vez en cuando para mirar el Capitolio. A la espalda tenía, a mi disposición, los 80 millones de piezas de la Biblioteca (25 millones de libros; el resto, manuscritos, fotografías, mapas, grabados, etc.); la División Hispánica, a cargo de Bill Carter, tenía un millón ochocientas mil piezas, una espléndida colección de libros antiguos, más de cuatrocientas grabaciones de autores en lengua española. De vez en cuando, casi todos los días, subía al despacho de Bill Carter y hablábamos de las cosas que nos interesaban a los dos; almorzábamos con frecuencia juntos en la Biblioteca; de vez en cuando me invitaba a su casa. Así fue anudando una amistad hecha de honda estimación y viva simpatía.

En manos de Carter, la División Hispánica había llegado a ser algo admirable, probablemente sin comparación en ningún país hispánico. Con un excelente equipo de colaboradores, le había dado una perfección y riqueza asombrosas. No sólo la utilicé, sino que me dediqué a explorarla, para tratar de conocer su extensión; allí vi y consulté muchos libros que nunca habían pasado por mis manos, que tal vez no se encuentran en ninguna otra biblioteca.

En mi despacho del Council of Scholars me puse a escribir el libro sobre Ortega tantos años demorado —por mil razones, privadas y públicas— el que debía completar "Ortega. Circunstancia y vocación". Tan pronto como me instalé, escribí un título: "Ortega. Las trayectorias". Creo que nunca he trabajado tanto, con tanto sosiego, tantas facilidades, ninguna interrupción y perturbación. Escribía de la mañana a la noche, con una breve interrupción para el almuerzo; cuando volví a España traía doscientas páginas listas para la imprenta. Carter seguía con amistoso interés el desarrollo del libro, se admiraba de la celeridad con que crecía; yo le explicaba que estaba poniendo en él medio siglo de vida y pensamiento. Cuando, hace unos días terminé de corregir las pruebas de las quinientas páginas largas del libro ya terminado, sentí el dolor de no poder enviarle, dentro de unas semanas, el libro impreso a cuya redacción había contribuido con sus facilidades y su estímulo.

Todo su trabajo era para William Carter asunto personal, no meramente profesional; y, si me entiende bien, diría que en todo él ponía una fuerte dosis de religiosidad: la convicción de que lo que se hace es para siempre —y por eso hay que hacerlo bien. Recuerdo que una vez, cenando en su casa con el presidente de una institución soviética que visitaba Washington, empezamos una conversación teológica, que el invitado escuchaba con asombro, sin comprender ni siquiera de qué se trataba.

William Carter organizó en octubre de 1982, al comenzar el año académico, un "symposion" internacional para conmemorar el centenario de Ortega, creo que la primera celebración importante del gran maestro español; cuando me despedí temía no volver a verlo más, y así ha sido: habían aparecido las metástasis de un cáncer que ya antes había sido operado. Carter iba a someterse a una nueva operación, con resignado valor, con admirable dignidad, con muy pocas esperanzas en este mundo, pero dispuesto a seguir trabajando mientras estuviera en él. Tan pronto como se repuso un poco, volvió a la biblioteca, como si no pasara nada, aunque sabía que lo que había pasado casi enteramente era su vida.

También había inspirado y organizado otro "symposion" sobre "1001 años de la lengua española". Repartía su entusiasmo por igual entre las obras y las personas de la vieja España y de las jóvenes Españas transatlánticas. Sentía esa unidad que llamamos lo hispánico, a la cual pertenecen, por supuesto, los indios, los negros trasladados a América, los mestizos. Tenía una estimación honda por los habitantes de esa Bolivia que conocía tan bien, cuyos dolores sentía "como si fueran suyos", para usar la expresión de Azorín al hablar de D. Jacinto Bejarano Galavis, el cura del siglo XVIII en aquel entrañable libro, "Un pueblecito: Riofrío de Avila".

¿Por qué se me ha ocurrido pensar en Azorín al evocar la figura de William Carter? Pienso que hubiera podido ser un personaje azoriniano: tímido, callado, modesto, pudoroso, con rara fruición intelectual y envuelto en melancolía, me recordaba a esos señores de Azorín que en una provincia leen, meditan, escriben, sienten el paso del tiempo y quisieran retener las cosas fugitivas por las cuales vale la pena vivir. Siempre era más de lo que parecía. Lo mismo en valor intelectual que en el afecto y la amistad. Pertenecía a esa raza de americanos que se enamoran de algo que en principio les es ajeno y lo hacen suyo para siempre. Son tantos los que han hecho del amor a lo español la razón de su vida. Los que hablamos esta lengua, a ambos lados del Atlántico, solemos ignorarlo, y rara vez lo agradecemos. No se sabe bien el cúmulo de atención inteligente, desinteresada, amorosa, en una palabra, que se vierte, desde los tiempos de Washington Irving y de Ticknor, sobre nuestras cosas.

Cuando tantos nombres suenan, son traídos y llevados, llegan a ser famosos con poco motivo, es infrecuente que españoles e hispanoamericanos conozcan siquiera los hombres y mujeres que han hecho de lo hispánico su segunda patria. Gracias a ellos, en altísima medida, conservamos nuestro pasado; y en proporción también muy elevada, lo entendemos. No piden nada, no hacen declaraciones, no se meten en nuestras cosas, no quieren darnos lecciones.

Uno de ellos era William Carter, que llegó al pasado desde el presente, desde el conocimiento directo de los vivos. Y cuando se puso en sus manos la maravillosa colección hispánica de la Library of Congress, imprescindible para conocer nuestra realidad de todos los tiempos, la dilató, la hizo vivir, trató de fecundarla con nuevos estímulos, hasta los últimos días de su vida, porque quería que, más allá de él, siguiera siendo el gran instrumento para investigar nuestras letras, nuestro pensamiento, nuestro arte, nuestra historia común.

Pienso que merece la pena que sepamos, por lo menos, lo que gracias a él tenemos y lo que hemos perdido.

Julián MARIAS

(Exclusivo para EL DIA)

Tarzan

POR EDGAR RICE BURROUGHS®

TARZAN VIAJA A TODA VELOCIDAD POR ENTRE LOS ÁRBOLES PARA INVESTIGAR EL AVE QUE ASUSTÓ A LOS MONOS.

O MANU... CUANDO SE ES TAN CHICO TODOS SON MONSTRUOS.

¡AUNQUE A VECES NO SON IMAGINARIOS.

¿QUÉ CLASE DE AVE PUDO ASUSTAR A LOS HERMANOS DE NKIMA?

¡NO HE VISTO MONOS NI AVES EN MUCHAS MILLAS!

DE REPENTE, TARZÁN OLFATEA Y SE DETIENE AL INSTANTE...

ESO HUELE...

...A HOMBRE.

¡ESE ES EL AVE DEL QUE HABLÓ MANU!

¡UN HELICÓPTERO AMERICANO!

¡Y TROPAS DE COMBATE!

TARZAN ® Trademark TARZAN Owned by Edgar Rice Burroughs, Inc. and Used by Permission

LA PREGUNTA ES...

¿QUÉ HACEN EN MI SELVA?

10/3 MIKE GRELL 2690

COPYRIGHT © 1982 EDGAR RICE BURROUGHS, INC. All Rights Reserved

MAÑANA, COMPARE SU OPINION CON LA DEL MEJOR EQUIPO PERIODISTICO·DEPORTIVO.

La más completa reseña del fin de semana. Resultados, desarrollos, opiniones y notas gráficas con los instantes de mayor emoción. Además, como siempre, la nota que va más allá del jugador, que se interna en el hombre, transformando al héroe de las canchas en un ser humano como usted, con sus alegrías y tristezas.

revista deportiva

Todos los lunes, con la edición de

EL DIA

Adelántese al almanaque

Manta viajera exclusiva "Soler" ..... N$ 495

Sábanas de Acrocel, 1 Plaza ..... N$ 525

Sábanas de Acrocel, 2 Plazas ..... N$ 650

Manta térmica "Campomar" ..... N$ 690

Cubrecama estampado, 2 Plazas ..... N$ 790

Frazadas, Oferta: 1 Plaza . N$ 850

Frazadas, Oferta: 2Plazas N$ 1.250

Super Oferta
Acolchado Damero exclusivo, 2 Plazas..... N$ 895

Colección "Alondra 84" con los mejores precios de plaza

Recibimos surtido completo de Alfombras Belgas, todos los tamaños y la más extensa variedad.

y compre estas ofertas por su precio usando la previsión como excusa.

En sus 75 años

Centro, Cordón, Unión, Agraciada, Paso Molino, Salto, Paysandú, Mercedes.